

¿ECONOMÍA O ECONOLATRÍA?



Juan Carlos Sanz-Martín

Que los astros sean susceptibles de análisis científico no hace de la astrología una ciencia...

Carl E. Sagan

¿Quién se cree que, para satisfacer las necesidades más básicas de la mayor parte de la gente, basta con incrementar la productividad?

De una pancarta del 15-M

Se confirma una regla si explica hechos excepcionales.

Oliver W. Sacks



Los que me conocen en MENSA saben lo mucho que apoyo la actitud de cuantos promueven el pensamiento crítico y el método científico para tomar decisiones que comprometan al erario. Por ello, me sorprende el reproche manifiesto, ya a las autoridades sanitarias cuando respaldan a la homeopatía o el psicoanálisis con fondos del Tesoro, ya a las educativas si una universidad pública financia cursos de astrología o sobre diseño inteligente, por citar unas cuantas pseudociencias, y, por el contrario, que no se repruebe con tanta o más intensidad la economía estándar que suele impartirse en las aulas y que, según James Rollo, catedrático emérito de la Universidad de Sussex (Gran Bretaña): “gobierna el mundo de hoy, pues [esta] economía y [estos] economistas conforman el núcleo del debate y de las decisiones gubernamentales y empresariales: desde el control de la inflación a lo que se entiende por globalización, desde las tarifas de la telefonía celular al precio de un automóvil, desde la medición de la pobreza a la del bienestar, desde la desregulación del comercio a la de la contaminación, desde el auspicio de la guerra al fomento de la paz”.

¿LA ECONOMÍA ES UNA PSEUDOCIENCIA?

El R-mundo es un sistema complejo en el que suceden múltiples procesos de muy diversa índole: físicos, químicos, biológicos... y, por supuesto, económicos. En éstos, y por mor de lo breve, distinguiré tres grandes ámbitos de análisis:

- La conducta económica.
- Las relaciones de intercambio material.
- La asignación de valor a las cosas.

Por diversas razones, y quiero pensar que la inmadurez gnoseológica es la principal, las teorías de la economía estándar —caracterizadas por su escasa consistencia interna, su excesivo dogmatismo, su desacuerdo con los datos empíricos, su incoherencia externa (entran en conflicto con el conocimiento proporcionado por las disciplinas no económicas, incluso las más vinculadas), su notable desdén por el principio de parsimonia y por formular leyes generales...— no describen, tampoco modelan, ni mucho menos predicen cualquiera de esos ámbitos antedichos. Por estas razones a la economía estándar yo la llamo econolatría.

Reparemos en que, por cuanto se refiere a la conducta económica, la econolatría asume que las personas actúan racionalmente como sujetos bien informados que operan en su propio beneficio, con poca o ninguna preocupación por el efecto de sus acciones sobre los demás o sobre el medio natural. Es más, muchos econólatras afirman no sólo que las personas son absolutamente racionales sino que cuando participan en el mercado cuentan todas y cada una de ellas con igual información. Numerosos estudios sociológicos muestran la falsedad de esto último y la psicología cognitiva nos dice que muchas veces los seres humanos tomamos decisiones muy alejadas de la racionalidad y a

menudo no bien informadas (algunas investigaciones experimentales, con situaciones muy controladas, evidencian que las personas rara vez obramos de manera totalmente racional). Como llamativo contraejemplo del punto de vista de la econolatría fijémonos en la publicidad: si la visión de los econólatras sobre la conducta humana fuese certera, los anuncios sólo serían un medio de información precisa y útil para notificar a los consumidores sobre las ventajas de adquirir lo expuesto, descartándose la existencia de cualquier otro factor no racional que apelase a las emociones, a la lealtad de marca, al sexo, etc. Empero, no hace falta ser un experto para advertir que la publicidad invoca por doquier justo a tales ingredientes. He aquí una enorme paradoja, pues si la publicidad que nos asedia, basada en emociones no racionales, realmente funciona, será porque la conducta del consumidor no es racional. Y a la inversa, es decir, si no funcionase, habría que admitir la irracionalidad de los anunciantes, por seguir usando métodos de venta ineficaces.

Por otro lado, la econolatría apenas ha analizado las relaciones de intercambio material, relaciones que implican el transporte o la transformación de masa y energía (aunque sólo sea para modificar el contenido de información), procesos todos ellos sujetos a las leyes de la física, la química y la biología, que la mayoría de los econólatras lamentablemente ignoran. Tanto las ignoran que algunos (como por ejemplo Julian Simon) afirman que tales leyes no se aplican en las transacciones económicas que ocurren en el R-mundo, y otros las aplican mal (por ejemplo, asegurando que toda actividad económica en el R-mundo aumenta la entropía planetaria, desconociendo que la Tierra no es un sistema termodinámicamente cerrado).

Finalmente, la econolatría, que dice describir cómo maximizar el valor (la utilidad), no define con rigor este parámetro. Para soslayar semejante estigma la econolatría se ha reformulado de varias formas, cayendo en confusos circunloquios y sinonimias que abonan el estéril debate semántico. Así pues, ¿de qué hablan los econólatras cuando hablan de valor?

No conviene olvidar también otras cuestiones, acaso más técnicas: por ejemplo, la econolatría no sólo opta por modelos de equilibrio estático, a pesar de que los procesos en el R-mundo son dinámicos, sino que los teoremas de la econolatría son de punto fijo, postulan que todas las magnitudes interesantes son continuas, o son derivables, etc.

¿ES LA ECONOLATRÍA ÚTIL?

Las anteriores objeciones, innegables a poco que se consulte la hemeroteca, podrían atenuarse si la econolatría fuese realmente útil, es decir, si sus teorías permitieran predecir, o al menos ayudaran a comprender, los acontecimientos económicos del R-mundo. Aquí es donde resulta más obvio lo pseudocientífico de la econolatría. En la ciencia los constructos (leyes, teorías, modelos, conjeturas o hipótesis) se contrastan con la realidad medible. El des-

acuerdo frente a un hecho confirmado (una medida bien realizada) trae consigo la modificación, cuando no el descarte, del constructo. A largo plazo semejante cotejo experimental permite optimizar el enfoque teórico, de modo que sus predicciones, pertenecientes al M-mundo, cada vez se ajustan más a los hechos, que acaecen en el R-mundo.

En las pseudociencias el mecanismo es opuesto: cuando una evidencia empírica es incompatible con un constructo pseudocientífico, aquélla se omite o reinterpreta para amoldarla a éste. Nunca el abandono del constructo siquiera es una opción. De hecho se otorgan premios en memoria de Alfred Nobel [1] a teorías manifiestamente inútiles en casos de incertidumbre extrema —véase el modelo de Merton-Black-Scholes—, a pesar de lo cual siguen aplaudiéndose. Obsérvese, pues, que las teorías de la econolatría no han sufrido semejante proceso de selección: cuando se produce un hecho “imposible” (por ejemplo, la “estanflación”) simplemente se reinterpreta para preservar la teoría que afirma su imposibilidad. Así pues, ¿hasta cuándo la humanidad tendrá que sufrir la existencia de ciclos de expansión y crisis?, ¿qué modelo teórico subyace en el consenso de Washington? (alguno podrá decir que una cosa es la “ciencia económica” y otra la “economía política”, pero no conozco a un político, y menos a un técnico, cuyas prescripciones para construir puentes desoigan las descripciones de la buena física acerca de la mecánica y la resistencia de materiales), ¿cómo calificar la disciplina que dice tratar la asignación de recursos pero acepta la ley de la productividad marginal (incluso las hipótesis de donde dimana tal ley) como solución del problema de la distribución?...

¿LOS PROCESOS ECONÓMICOS QUE SUCEDEN EN EL R-MUNDO PUEDEN ANALIZARSE CIENTÍFICAMENTE?

Sin duda, las raíces biológicas, políticas y culturales de la conducta humana influyen decisivamente en el obrar económico. Centrándonos en éstas, muchos econólatras concluyen que, al ser la cultura un sistema dinámico —con numerosos bucles de realimentación—, resulta imposible modelar el comportamiento humano, haciéndolo absolutamente impredecible. Esto no deja de asombrarme, pues con una mano la econolatría cuelga el cartel de “no sé predecir” y con la otra tiene la temeridad de amparar modelos con que establecer escenarios...

a 50 años vista, que se venden como inexorables (¡por ejemplo, el “triste” porvenir del sistema público de pensiones!). Antes de tirar la toalla, y aún sin exigir la determinación

del exponente de Lyapunov de los procesos económicos en el R-mundo, convendría analizar qué dicen la sinérgica y la neuroeco-nomía al respecto.

No obstante, otros econólatras, acaso más cínicos, señalan que si existiera una econología [2] capaz de predecir el futuro, convendría mantenerla en secreto, pues de publicarse, la ventaja de la predicción desaparecería al provocar cambios de conducta en los demás (algunos econólatras, al referirse a esto tienen la osadía de mencionar el principio cuántico de incertidumbre. ¡Ahí es nada!). Según esta opinión las teorías de la econología no pueden ser útiles a la vez que públicamente conocidas. ¿Acaso los procesos económicos en el R-mundo son siempre de suma cero, de tal manera que el éxito en el mercado de uno siempre comporta el fracaso de otro? Ciertamente la historia de la tecnología humana nos habla de las ventajas militares de mantener en secreto determinadas innovaciones, pero la historia también nos enseña que uno de los pilares básicos del método científico, la libre y pública crítica, es un acelerador para la creación de ideas nuevas y pertinentes.

En suma, considero que la econolatría y los econólatras están llevándonos por una senda infame y, lo que quizás sea peor, sirven de coartada a intereses hostiles al desarrollo integral (biológico, económico, político y cultural) de la humanidad. Debiéramos abandonar semejante pseudociencia y encaminar los esfuerzos hacia el estudio científico de los procesos económicos en el R-mundo, impulsando una econología ca-paz, ésta sí, de hacer predicciones no triviales y verificables sobre el futuro.

[1] El Banco de Suecia, y no la Fundación Nobel (Alfred Nobel nunca mencionó intención alguna de premiar a esta disciplina), es quien sufraga estos galardones, instaurados en 1969.

[2] Llamo econología a la disciplina que analiza científicamente, en el sentido bungeano, los procesos económicos del R-mundo.

